



DOMINIQUE LARREY Y UNA INOLVIDABLE AMPUTACIÓN

Alejandro Oría, Gustavo Kohan.***

Servicio de Cirugía General, Hospital General de Agudos Cosme Argerich.
Buenos Aires, Argentina.

Dominique Larrey – jefe de cirujanos del ejército de Napoleón – es recordado hoy en la historia de la medicina no solo por haber descrito el hiato anatómico que lleva su nombre sino principalmente por haber inventado la ambulancia e introducido el término “triage” en las situaciones de catástrofe. En efecto, Larrey diseñó las llamadas “ambulancias volantes”, que de diferente tamaño y tiradas por uno o más caballos permitían evacuar con mayor o menor velocidad a los heridos del campo de batalla según el “triage”. Este término francés que quiere decir “elegir de un conjunto” – y que no tiene traducción reconocida al castellano – había sido empleado hasta entonces para designar el proceso de separación o agrupación de mercaderías.

Larrey nació en 1766 en la pequeña aldea de Beaudéan en los pirineos franceses. Huérfano de padre y madre a los 13 años fue enviado a Toulouse, donde su tío Alexis Larrey le enseñó cirugía durante seis años y luego lo envió a París con Jean Désault, jefe del servicio quirúrgico del Hôtel-Dieu. A los 31 años Napoleón lo designó jefe de cirujanos del ejército francés, cargo que desempeñó en 40 batallas y 200 combates y del que fue destituido luego de Waterloo. En su testamento, Napoleón dejó 100.000 francos a Larrey, agregando que ese legado era el reconocimiento a la persona más honesta que había conocido. Esta cifra era más que considerable, si se tiene en cuenta que en el apogeo de su carrera Larrey recibía 5.000 francos por año. Privado de sus

cargos y honores por la restauración, Larrey fue rehabilitado posteriormente y nombrado miembro de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias. Murió en 1842, al regresar de un viaje de inspección a los hospitales de Argelia realizado en compañía de su hijo, también cirujano militar y de notable actuación durante las guerras del segundo imperio.

En 1797 Napoleón invadió Egipto con su célebre “Armada de Oriente”. Durante los dos primeros años, la moral del ejército se mantuvo alta debido al entusiasmo ocasionado por las rápidas victorias militares y por el hallazgo de tesoros de inapreciable valor cultural y pecuniario. En agosto de 1799 Napoleón debió regresar a París para enfrentar una situación políticamente inestable. Pese a que invitó a Larrey a que lo acompañara de regreso, este rechazó la oportunidad de volver, aduciendo que iba a ser más útil en Egipto curando a los heridos e investigando las epidemias que periódicamente castigaban al ejército. La Armada quedó entonces en manos del general Kleber, eficaz para el mando y respetado por la tropa; sin embargo, poco después, la muerte de Kleber en un atentado dejó al ejército en manos del general Menou, un ambicioso personaje que pese a ser nulo en estrategia militar hizo prevalecer su antigüedad.

Aprovechando la ausencia de Napoleón, el desembarco inglés en Egipto no se hizo esperar. El 22 de marzo de 1800 ambos ejércitos se enfrentaron en la batalla de Canope que terminaría en una costosa derrota para el ejército francés. La lentitud de Menou para mover las tropas, la baja moral del ejército y las inútiles cargas suicidas ordenadas a la caballería dieron como resultado que la inmensa mayoría de

*Jefe del Servicio. Miembro de N° de la Academia Nacional de Medicina.

** Cirujano de Planta del Servicio.

los generales y de la alta oficialidad francesa fueran muertos o heridos. Según Marchioni¹ poco antes de morir el general Lanusse alcanzó a decir a Menou "usted jamás debió mandar un ejército ya que solo sirve para administrar las cocinas de la república" Larrey, absorto en su trabajo, no se percató de la derrota ni de la retirada del ejército francés hasta que de repente divisó a un centenar de metros a la caballería inglesa. En ese preciso momento terminaba de amputar al general Silly, a quién una bala de cañón le había arrancado la pierna izquierda.

Era esa una época en la que no existían ni la Cruz Roja ni la declaración de Ginebra. Fuera médico o soldado, herido o prisionero, la vida de un enemigo capturado pendía de un hilo. De hecho, años más tarde Larrey salvó milagrosamente su vida cuando fue hecho prisionero en Waterloo. Incluido en un pelotón de fusilamiento por el ejército prusiano, fue reconocido y liberado a último momento por un cirujano alemán que había sido alumno suyo en París. Por eso la primera reacción de Larrey al ver la caballería inglesa fue correr y ponerse a salvo, aunque inmediatamente pensó en el general a quién había salvado la vida y que muy probablemente iba a ser rematado en el lugar.

Napoleón solía decir que solo dos personas de su ejército analizaban el campo de batalla el día previo al combate: una era él y la otra Larrey. En el caso de este último, y como lo relata en sus memorias, el propósito era planear la distribución de los puestos de ambulancias y la ubicación de los cirujanos, así como identificar las vías más seguras para evacuar los heridos. En su análisis previo del campo de batalla, Larrey había observado que a unos treinta metros de donde iba a instalar su puesto quirúrgico existía una plantación reciente de alcaparras. Como era tradicional en los cultivos en suelo seco, las plantas habían sido dispuestas en largas y profundas canaletas de tierra removida, separadas entre sí por 30 cm de suelo normal.

Al ver que varios soldados de caballería se desprendían del escuadrón y venían hacia él, Larrey no lo pensó más y cargando al general sobre su espalda corrió a gran velocidad hacia el alcaparral. Se lo permitió su robusta complexión física (Fig. 1), que al decir de sus contemporáneos era más parecida a la de un leñador que a la de un cirujano.² Los ingleses observaron intrigados como Larrey con su carga entraba zigzagueando a la carrera en el bosquecillo, seguido por su ayudante quirúrgico que llevaba una caja con instrumental. Los primeros dos caballos que introdujeron sus patas en la tierra removida rodaron con sus jinetes. Habiendo divisado presas más fáciles de perseguir y desalentados por la imposibilidad de utilizar los caballos y también por las espinas de las alcaparras, los ingleses olvidaron a Larrey y tomaron otro rumbo. Durante la noche, Larrey cargó nuevamente al general y marchó durante varios kilómetros hasta reunirse con el ejército francés en Alejandría.



Figura 1. Dominique Larrey.

Larrey terminó de escribir sus memorias poco antes de morir. En el ejemplar que dedicó a su hijo, al relatar este episodio, anotó con lápiz al margen "pese a que le salvé dos veces la vida, el general no me dejó marca alguna para el recuerdo" (aucune marque de souvenir). Era entonces costumbre en el ejército que el cirujano que

salvara la vida de un alto oficial recibiera algún dinero o lo que era considerado aún más importante, un sable dedicado. Sin duda esta anotación era una advertencia de un padre cirujano a un hijo también cirujano. Muchas veces no existe relación entre la eficacia o el esfuerzo en el tratamiento y el reconocimiento del paciente. Como escribió

de Borbon Busset “el más grande arte es el agradecimiento”.

Bibliografía

1. Marchioni J. Place a Monsieur Larrey, chirurgien de la garde imperiale. Edit. Artes Sud, Paris, 2003.
2. Triaire P. Napoléon et Larrey. Edit. Maison Alfred Mame et fils, Tours, 1902.

www.residentesdecirugia.org.ar